

El cine cumple cien años

Eugenio Núñez Ang



uando la imagen adquirió movimiento y se domesticó la luz para que nuevamente brotara en esa oscuridad que nos atrapa para llenarnos de sueños, nació el cine. De eso hace ya cien años. Pero podríamos remontarnos a la Prehistoria, cuando el hombre del Paleolítico atrapó las primeras imágenes en movimiento para dar a luz la idea plástica de la acción. O cuando Platón propuso su famoso Mito de la Caverna en el libro VII de *La República*. O cuando Tolomeo y Euclides, en el siglo II, crearon el artilugio “mágico” reproductor del movimiento. O cuando Giotto, en el siglo XIII, inicia la narrativa filmica en esos frescos en los que incluye varias escenas dentro de otra para crear toda una historia en movimiento.

También incluiríamos al jesuita alemán inventor de la “linterna mágica”, Atanasius Kircher, en 1654. Asimismo, hay que considerar las aportaciones científicas para el desarrollo del invento. Los trabajos del abad Nollet, con sus *Lecciones de física experimental* (1771) o los del belga Joseph Plateau, con su aparato descrito en *Correspondencia matemática y física del Observatorio de Bruselas* (1833). Pero sobre todo, el nacimiento de la fotografía. Ese complejo fenómeno científico-mecánico que dieron a luz Niepce y Daguerre, durante la segunda mitad del siglo XIX. Con la fotografía vendrían nuevas aportaciones como por ejemplo la emulsión en la cinta de celuloide que patentaría Eastman-Kodak en 1887, junto con las perforaciones para el arrastre de la película que ideara Edison. En 1894, Edison lanza el kinetoscopio que ya permite la visión de imágenes a 48 por segundo.

Aunque los orígenes del cine parten de los hermanos Lumière y Robert Méliès, los inventores del cine fueron muchos. Desde Emile Reynaud con su “teatro óptico” hasta Charles Cros con su “fonógrafo”, pasando por Muybridge y Marey.

De todas formas, las películas de los hermanos Lumière, comparadas con el repertorio de los zoótropos o de las “cajas para mirar” de Edison, presentan un avance considerable en cuanto a lo que representa el cine para los cinéfilos: la historia, contar la vida cotidiana, mostrar el fluir de la vida. Hay que reconocer que a los Lumière no les interesaba tanto contar una historia como darle movilidad a la fotografía. Mostrar el mundo circundante sin mayor intención que ésa, caracteriza el grueso de la producción de los Lumière.

Será George Méliès quien aporte al cine la idea de la dramatización, de convertir la realidad en ficción, esto es sustituir “la realidad no escenificada por la ilusión escenificada, y los incidentes cotidianos por las tramas inventadas”.¹ De esta manera, Méliès fue el primero en explorar sistemáticamente los recursos cinematográficos. Para crear la ficción era necesario crear recursos técnicos. Estas fueron apareciendo y uno dio origen a otro, como el uso de mascarillas, la exposición múltiple, la superposición de tomas, el fundido encadenado y otras más que serían propuestas por los grandes realizadores. Por ejemplo, D. W. Griffith, en *El nacimiento de una nación* (1915), utilizará todos los recursos expresivos del cine existentes, muchos que partían de sus antecesores y otros creados por él, para fijar las convenciones narrativas del nuevo arte: el primer plano, el plano de detalle o *close-up*, el *flash-back*, el montaje paralelo de dos acciones diferentes para lograr el efecto de suspense, el fundido encadenado y el fundido en negro, la caracterización gestual y visual de los actores, la iluminación naturalista, el contraluz, los ángulos y emplazamientos de cámara, los *travelling*, la fotografía aérea, el *pan-shot* o panorámica, fueron varios de los recursos que Griffith lega al cine. Aunque nacido de la técnica y posteriormente considerado como arte (Ricciotto Canudo en su *Manifiesto de las siete artes y estética del séptimo arte* de 1911 lo catalogará como el “séptimo arte”), el cine representará algo más. Actualmente se intenta hacer del cine algo más que un arte de mero entretenimiento, un mero pasatiempo o un simple espectáculo para el tiempo de ocio. Se propone incluir al cine como una materia dentro del currículum de algunos planes de estudio, tanto en el nivel elemental como en el medio. Así como se estudia la literatura tendría que estudiarse el cine.

La UNESCO para salvaguardar el patrimonio artístico universal propuso en los preparativos de las celebraciones por este primer centenario varios llamamientos que incluyen a los gobiernos, a críticos y estudiosos, a realizadores y técnicos, a productores y propietarios, a escuelas de cine, TV y comunicación crear programas para proteger toda la riqueza filmica, para

Eugenio Núñez Ang. Licenciado en Letras Españolas por la UAEM y Maestro en Administración Pública por la Universidad del Sur de California. Ha publicado diversos textos, entre ellos, *Didáctica de la lectura eficiente*.



corona del ángel de la independencia, los diamantes de la corona de la reina de Inglaterra, o una lágrima de Liv Ullman.

Pero además, hemos podido viajar al interior del alma humana. Gracias al cine hemos conocido los más encontrados sentimientos. De esta manera hemos sentido el amor, el odio, la maldad, la traición, el sacrificio, el dolor, la muerte. El cine nos ha dado la posibilidad de vivenciar estados de ánimo, emociones, conductas que tal vez en nuestra vida cotidiana jamás experimentemos. Porque en esa fascinación especular que despierta en nosotros el personaje principal o aquel con el que nos identifiquemos nos ha producido llanto, risa, vómito, orgasmos, desesperación. ¿Quién no se enamoró de actores o actrices, de personajes? ¿Quién no ha vivido la ambivalente sensación de amar hoy al ídolo de moda y odiarlo mañana, según el rol que interpreta? Allí quedan como iconos, mitos o símbolos la cabellera de Rita Hayworth, la boca de Brigitte, la fragilidad de Marilyn, la apostura de Clark Gable, el desamparo de James Dean, la brutalidad de Charles Bronson. Todas nuestras fantasías sexuales han sido satisfechas y se nos ha hecho posible amar a la Cenicienta y a Frankenstein, a la Dama de las Camelias o a James Bond. Pero también odiar a Bette Davis, a la mamita querida, aún cuando habíamos amado profundamente a Joan Crawford, o a Harvey Keitel como el policía corrupto.

Nos hemos solidarizado con los padres de Lorenzo, en busca del aceite que lo cure; hemos odiado a los fascistas y compadecido a los judíos; nos hemos indignado contra el racismo; nos hemos alegrado por la muerte de los malos. Pero igualmente nos hemos solidarizado con los malos y rechazado a los buenos y hemos cometido crímenes conjuntamente con ese personaje o ese actor o actriz que amamos. En la oscuridad de la sala nuestros más bajos instintos han aflorado y hemos sido capaces de adentrarnos en las inciertas fuerzas que rigen las pasiones.

A través del cine, de las historias que nos cuenta el cine, hemos construido mundos, mitos, arquetipos, ideologías, verdades y mentiras. Las películas son trozos de vidas que al cobrar existencia en el espectador le darán una visión de mundo. Es posible que estas visiones de mundo desaparezcan así como aparecieron, pero también podrían permanecer, crecer, retroalimentarse con otros mitos de la misma categoría. Como lo plantea Fernando Alonso Barahona, "El cine es un ingrediente de la vida y un prodigioso motor de imaginación y sueño, pero la vida de cada cual es insoslayable, no puede vivirse por nadie so pena de inautenticidad y suplantación".²

La primera proyección cinematográfica pública tuvo lugar en París el 28 de diciembre de 1895, desde entonces, como en *La rosa púrpura del Cairo*, de Woody Allen, uno va al cine a soñar, pero también a vivir.Δ



1 Sigfried Kracauer. *Teoría del cine*. p. 56. Ed. Paidós.

2 Alonso Barahona. *Antropología del cine*. CILEH. Barcelona, 1991.